

Sacudida

Bárbara Sandoval

¡Por más que trato, esta mugre tuerca no se mueve! ¿A quién le presté el aflojatodo? No, ya me harté, voy a tener que llamar al plomero, a ver en cuánto sale. Henner lo habría resuelto rápido, sabía hacer de todo. Descanse en paz. Mientras, aunque sea le pongo esta cazuelita y que se junte el agua.

Seco mis manos y abro el correo electrónico para avisar que Manuel, mi hijo de once años, no va hoy al colegio.

Muevo la sopa y saco el libro de recetas mientras rumio la lista mental de pendientes. ¡Tantos!, ¡siempre! Todo urge y mis proyectos se van al final, allá, lejos. A veces un pedacito de ellos se escapa del olvido y me salta directo al corazón haciéndome temblar de gozo; un ratito para mí, para soñar sin interferencias, qué rico. Pero son como agua que se me escapa de las manos. Quisiera más, mucha más de esa agüita refrescante. Necesito una tina para guardarla y disfrutarla, mínimo. No, dos, otra para la gotera, que cada día está peor. Caray, ¡un masaje me caería fenomenal!

Pasteles, página 287: “El secreto del éxito al elaborar un pastel reside en seguir las instrucciones al pie de la letra...”

–¡Újule! Nunca he sido buena para eso, siempre cambio algo; pero a ver.

–¡Iba a estar superdivertido!, ¡había simulacro hoy, mamá! –se queja Manuel desde su habitación. Eso para él y sus amigos significa relajó.

–Ni modo, mi’jito. Te lo dije, no saliste a tiempo y no voy a ir corriendo a estas horas en que todos van rayando el caballo para llegar puntuales a un trabajo que, seguro, ni les gusta. Paso. Me contagio también, me pongo loca y no quiero. O salimos temprano y vamos con calma, o no vas.

Porque ya me la sé: si salimos tarde, nos topamos con la fauna motorizada con prisa y ahí vamos, como ayer que nos subimos al

coche casi corriendo y apurada te dije: “Ponte el cinturón”. Puse los seguros, más vale, para como están las cosas. Prendí el radio: voces chillonas gritaban sus mercancías. ¿Por qué gritan? Cambié la estación, clic: el noticiero hizo el recuento de los feminicidios. ¡Ay!, parece mentira que en un país devoto de la virgen maten a tantas mujeres, ¡qué horror! Otra estación, clic: “...dime cuándo tú, dime cuándo tú, dime cuándo tú vas a volver, a-hai...”. Y en un país infectado de homofobia corean a Juanga, ¿quién entiende?, qué flexibles... Clic: un comentarista político desmenuzaba la situación, al parecer sin salida, del país.

Un hombre con boina de golf conduce el coche de la izquierda. Cara de aburrido, cansado, cuarenta y tantos, dos hijos adolescentes uniformados para la escuela, conectados a sus respectivos celulares. El clásico auto lleno de ausentes.

Clic: una camadita nueva de cuatro o cinco chicos con estereotipos bien definidos, de colores y actitudes diferentes para que ningún adolescente se les escape y vendan su producto. Cantan cancioncitas simples y pegajosas, son efímeros, recaudan mucho y se retiran sin aspavientos.

–Déjala, ésa me gusta –Manuel se supo la canción. Inevitable.

En eso, un muchacho con ropa de color indefinido de tan sucia y una esponja chorreante de jabón se acercó decidido a lavar mi parabrisas; casi lo logra, cuando enérgicamente le dije que no con cabeza y mano. Se fue molesto a seguir su labor de obrero informal, pautada por el ritmo del semáforo.

La mujer del auto de junto, con la boca abierta, se enchinaba las pestañas y la esponja enjabonada se estampó en su cristal. Resignada, dejó aparte la cucharita y buscó en su bolsa unas monedas a cambio del servicio forzoso de lavado, mientras me ofertaban jugos de naranja, mandarina, betabel o combinados: “¡Llévelo!”.

A la derecha, un joven hacía rugir rítmicamente las enormes llantas de una camioneta azul eléctrico todoterreno para alegría de un pequeño de siete u ocho años que iba haciendo equilibrio en el asiento del copiloto, sin cinturón de seguridad.

—¡Pero qué bestia!

En el preciso instante en que se apagó la luz roja y se encendió la verde, la camioneta azul avanzó veloz y, a menos de veinte centímetros, se me cerró, obligándome a frenar.

—¿Qué te pasa, idiota?

Es obvio que no me oyó, todos teníamos las ventanillas cerradas, hacía frío.

La camioneta azul se coló entre los coches, zigzagueando, como si esto fuera la Fórmula uno. Y es ahí, en esos momentos, cuando tiemblo de coraje y me dan ganas de meter el acelerador a fondo y comprometerme en un combate por llegar al siguiente semáforo primero y con eso dejar demostrada mi supremacía...

—Te digo, me contagio.

¿En qué iba? ¡Ah sí, pasteles!: “los ingredientes han de ser de la mejor calidad: mantequilla, polvos de hornear, harina, huevos”. Desde hace mucho he querido escribir un libro que se llame *Cocinando con huevos* y que tenga muchas y coloridas ilustraciones. Otro proyecto pendiente. Leo: “precaliente el horno a 200 grados centígrados”.

Y de repente, como todo lo que pasa, un murmullo parejo se acerca como un enjambre que avanza zumbando. Un rumor general, enorme y creciente, que hace vibrar todo y que, al llegar, hace que la tierra nos empiece a remover como quien comprueba el contenido de una cajita de cerillos; nos agita en un caos breve que pareció eterno.

Jalón a un lado y al otro. ¿Estoy mareada? A un lado... ¡No!, al otro, ¡está temblando! Asombro, a un lado; alerta, al otro. ¡Despierta!, ¡busca la salida! A un lado, al otro... ¡mis hijos!

Respuesta instantánea: Manuel llega en barrida a la cocina gritando:

—¡Nos vamos a morir, mamá!

—Hoy no, mijo. ¡Vente!, ¡párate!

Brinco, brinco, brinco, mientras apago automáticamente, al paso, la estufa con la sopa a punto de hervir. Pesco a Manuel del brazo mirando desconfiada paredes y techo; soy pura adrenalina. Caminamos rápido y con cuidado, haciendo equilibrio sobre el piso vuelto gelatina.

Nos sitúo al centro del patio de esta casona del siglo XIX: adobe y vigas, paredes de seis metros de alto por uno de ancho, imagen misma de estabilidad y permanencia que, contradictoriamente, ahora salta disparatada y oscila desde los cimientos; cruje ondulando como serpiente en vertical en un baile de aniversario al que somos forzados a asistir.

Todos juntos evacuando al un, dos, tres, chachachá.

Abrazo firmemente por la espalda a Manuel, que en su pavor quiere salir corriendo y le ordeno, dominándome para no asustarlo más:

—iFlexiona las rodillas y siente la tierra, conserva el equilibrio, siente el poder de la tierra! Respira, mira alrededor: ¿qué se puede caer?, ¿tinacos?, son dos, mira, ahí está uno y acá el otro —señalo—. ¡Cómo se mueven, mira!, esa antena, ¿la ves?, ¡parece metrónomo!, ¡mira cómo brinca la casa!, ¡ayayay! ¡Presta atención!, ¡cuida de ti, esto es poder y no cuentos, siente!

—iMami, los perros! —se preocupa.

—iLos perros se cuidan solos! Primero estás tú, mira hacia todos lados, mi amor, ¡fíjate! Si se cae algo, nos movemos para allá, que no se puede volver a caer.

Dos macetas se derrumban de sus pedestales repartiendo lirios y sábilas por el suelo. Al mismo tiempo pienso en mi hija Aurelia, que trabaja en una escuela como maestra. Contabilizo: edificio nuevo, dos plantas, gran jardín. Va a estar bien, tiene temple.

Brinco, brinco, brinco. Ver saltar la casa es hipnótico, parece un juguete y nosotros las piezas, ¡somos tan pequeñitos! Ahora sé lo que siente un dado de cubilete.

Lentamente los árboles se van meciendo menos, más suavemente. Baja la frecuencia. ¡Mi mamá está solita! Al parecer el temblor termina, aunque la sensación de que tiembla, la duda, me acompañará por meses.

Nos derretimos hacia el suelo, aún abrazados, un silencio tenso se escucha con nitidez. Los gatos y los perros se nos acercan: reunión de mamíferos frágiles. Atónitos, habitamos por completo el misterio.

Aunque la casa se ve bien, nos toma un rato decidimos a entrar. Al fin nos atrevemos, precavidos como ladrones, despacito, encogidos, esperando no sé qué. Manuel va atrás de mí, pegadito. Contemplamos el interior evaluando los daños.

Nada, tú, ni un plato roto. Esa grieta de ahí, ¿ya estaba? Ya no gotea la llave del lavadero, ¡vaya, se acomodó! Algo es algo. En la página que dejé abierta en la computadora, escribo: “¡Madres!” en Facebook y lo envío.

—¡No, mamá, es el *face* de mi escuela! —grita Manuel en un quejido.

—¡Ay, no!, ¡mi imagen perfecta se va a derrumbar!, ¡qué oso! —le contesto con sonsonete, a la defensiva. La verdad es que sí me apené.

El libro de recetas espera en la mesa con sus instrucciones. ¡Claro que ni me atrevo a prender el horno! Intento llamar a mi hija, pero el teléfono de casa no tiene señal; el celular tampoco. ¡Ay, mi Aurelia! Está bien, seguro que sí, me calmo.

En cuanto nos reponemos un poco más, salimos a la calle rumbo a casa de Nona, mi mamá que vive a la vuelta, qué suerte. La gente en la calle va como nosotros, con los ojos muy abiertos buscando a ver con qué nos encontramos. Como si nos conociéramos de siempre, en silencio, con breves gestos, nos comunicamos sin formalidad, lo mismo unos a otros: preocupación, inquietud, alivio de seguir vivos. Vamos temerosos escrutando las construcciones por las que pasamos. Hay mucho silencio, no como el de la noche. Más, es otro tipo de silencio.

Mujeres y hombres, a pie o en bici, recogen anticipadamente a sus hijos de la escuela. Una niña comenta: “Hoy hicimos un simulacro”. Humor negro, nivel: la tierra.

En el estacionamiento de los departamentos donde vive Nona están congregados los vecinos. Pedro, uno de ellos, reparte en vasitos “un fuerte para el susto”. Me toca uno. “Qué a tiempo llegué”, pienso. En cuanto llegamos, Alfredo me dice: “Su mamacita está bien”. Gracias. Qué alivio.

Nona, desde su terracita, grita:

—¡Mija de mi vida y de mi corazón!, ¡alabado sea Dios!, ¿están bien?, ¿y la nena?, ¿ya hablaste con ella?

—Nosotros bien. Todavía no nos comunicamos mami, no hay señal. Tú, ¿cómo estás?

Nos vamos poniendo al tanto mientras subo la escalera.

—¡Perfectamente, bendito sea Dios!

—¿Dónde estabas?

—Lavando. ¡Ah, caray! —dije—, ¿qué está pasando? Ni apagué la lavadora y me salí. No bajé la escalera, me puse en el marco de la puerta de la entrada; aquí siquiera me ven, ¡y que sea lo que Dios quiera!

Manuel se queda acariciando a la perrita *Candy*. Los vecinos continúan conversando condescendientes; postergan regresar a la soledad de sus viviendas apoyándose en la compañía. Hablan rápido, cuentan su experiencia. Asienten unánimes a cada comentario. Se orientan para ir aterrizando a salvo después de la turbulencia. Hasta el que nunca saluda sonríe a todos y bebe de su vasito. Se le olvidó cuántas veces nos ha dejado con el saludo en el aire, pasando sin mirarnos con cara de palo. Ha de ser tímido. ¿Tímido? ¡Qué va!: ¡baboso! Bueno, ya, sin rencor, él también está asustado. Lo que sí no le paso es que tenga cenizales enjaulados, ¡eso no! Pero allá él, ¡cada quién su karma! ¡Salud!, y de un trago me bebí el “fuerte”. ¡Estaba buenísimo!

—¿Quiere otro, Aurorita? —me dice el señor Limón.

–No, gracias, es suficiente, ya venía mareada –digo bromeando desde el barandal. Todos ríen.

Llegan más hijos de vecinos a ver a sus padres y se repiten los relatos para ellos. Un radio da el recuento de los daños conocidos hasta el momento y llamamos para escuchar: “Reportan que la iglesia de Los Remedios, ubicada en la punta de la pirámide de Cholula, se quedó también sin cúpulas”. ¡Zas!

Manuel sube veloz, abraza a Nona, busca en el horizonte y exclama:

–¡No manches, sí es cierto! ¡Mira la pirámide!

Suben en tropel mirando en dirección a la iglesia de Los Remedios y ahí está, rasurada de cúpulas. Un paisaje insólito. Lucimos como una familia de perritos de la pradera mirando a lo lejos. “Van a tener que hacer nuevas postales”, pienso.

Los tres volvemos a la casa, donde Aurelia ya nos espera.

–¡Mi amor! –Nos abrazamos.

–¿Cómo estás?, ¿los niños bien?, ¿el cole? ¡Qué susto!

–Todos bien –cuenta–. Pude regresar hasta ahorita porque entregamos primero a los niños. ¿Vieron la fumarola que echó el Popo? –dice mientras los cuatro conjugamos físicamente el verbo abrazar.

–Hay que poner nuestras mochilas de emergencia. ¿Qué llevamos? –digo, mientras Pablo, la pareja de Aurelia, llega apurado y pregunta–:

–¿Están bien?, ¿tienen agua? –previendo que esto se repita y haya escasez.

Llueven noticias, de inmediato las compartimos: el epicentro se situó en Axochiapan, Morelos; el terremoto fue de 7.1 grados.

Primero los aguaceros de verano remojaron cuidadosamente el adobe centenario, luego el sismo vino a desmoronarlo. Casas y casas acordonadas, y las réplicas continuaban. Por todos lados, porque en Cholula hay iglesias por doquier. Vimos ornamentos caídos y resquebrajadas cúpulas de pie al lado de sus correspondientes

torres, algunas inclinadas: San Gabriel, San Pedro, San Miguel, San Pablo, Santa María, casi toda la corte celestial. Treinta y cinco iglesias estaban cerradas.

Así se verían, tal vez, mientras las construían los indígenas, obligados a desmontar sus propios santuarios y con sus mismas piedras –labradas magistralmente y vueltas al revés para esconder su simbología y belleza– a edificar los templos del nuevo dios. Someterse para sobrevivir.

¿Renacerá algo de entre los escombros? ¿Un espíritu antiguo que despierta con el temblor dispuesto a retomar su sitio? Quién sabe, pero por lo pronto...

–Nona, a ti ni se te ocurra ir a misa, ¿eh? Reza aquí, que Dios no se va a enojar.

¡Pues esa misma tarde fue! Eso sí, muy precavida se quedó “afuerita” para, al volver, contarnos que había curas diciendo: “Es la casa de Dios, vengan a misa, nada les va a pasar”.

–Pero yo mejor no entré –dice–, y me quejé con el sacristán de que el organista estaba dándole duro a la música y eso causa vibraciones, ¿o no? Que no tocara tan fuerte, que ya hasta prohibieron los cuetes. ¡Que digan misa en el parque!

–Ay, Nona, ¡qué te digo! ¡Por eso y mucho más, yo “curitas” ni en las heridas! Pero ya no vayas, en serio, ¡no vaya a ser...!

Y así fue, callaron al organista y por unos días las misas se celebraron en parques y atrios.

Las imágenes y noticias que saturan los medios son una sobredosis de dolor, mano a mano con la solidaridad espontánea. Mujeres y hombres de todas las edades escucharon claramente el llamado de auxilio e, inflamándose al instante, se sumaron al servicio, inspirados y determinados, haciendo lo que fuera necesario para salvar, aunque fuera una tortuga, un perico, un perrito, y ni qué decir de la emoción sería de participar en el rescate de otro humano, otro yo, que gemía bajo un cúmulo de escombros.

Puño en alto, silencio, aliento contenido, decenas de oídos aguzados se agrandan a la expectativa. Van quitando cuidadosamente piedras, de enormes a menudas, hasta alcanzar a sacudir el polvo de su cara y acercar con cuidado agua a su boca, auxiliándolo en su renacimiento, como parteros de sobrevivientes.

Al mirarse muestran los corazones rebosantes de compasión, unos, y agradecimiento los otros; sabiendo que se aman, aunque no se vuelvan a ver y que cada vez que se recuerden se amarán otra vez con la misma intensidad. Bastó un instante para consolidar un vínculo permanente.

Y el mérito es de todas las cadenas que se formaron en cada construcción colapsada. Celebran y se regocijan por cada sobreviviente. O lamentan pesarosos el hallazgo de otro cadáver. Inteligencia, destreza y habilidades son generosamente otorgadas con óptima agilidad, al mayoreo, desde todos los ángulos:

Los valientes Topos que trabajan sin descanso, increíbles, indispensables. El ferretero que donó entero su corazón e inventario para desconocidos en desgracia; taqueros, tamaleras, aguadores que regalan lo suyo para mantener las fuerzas de los rescatistas y, con ellas renovadas, llegar a tiempo para auxiliar a uno más. Vecinos que sacan enchufes para que quien lo necesita haga uso del servicio. Músicos que animan con melodías a los socorristas y, a su manera, intentan consolar un poco a los angustiadísimos parientes y amigos en vigilia, que exhaustos esperan noticias al pie de los escombros. Perros entrenados, narices privilegiadas que acometen la misión con su lealtad habitual. Amigos indiscutibles.

Abandonamos la jungla despiadada para erigirnos en comunidad evolucionada. El ejército anónimo de seres competentes que compone nuestro país emergió al unísono, asombrosamente articulado. En la sociedad germina la certeza de nuestra suficiencia. Una niña canta, dando lo que sabe y puede: Dando. Ayuda del extranjero que no se hace esperar, equipos de rescate de aquí y de allá. Hermanos de otros países aportan su saber, herramientas

y experiencia. Amistad y compasión testimoniadas con hechos. Esa es la humanidad que quiero entrañablemente, a la que aspiro: la de la nobleza auténtica que habita en cada uno, no la de sangre azul que ha demostrado con creces su falsedad.

Fue trágico, desgarrador e irreparable por aquellos que siguieron su camino sin nosotros y que, sin embargo, anidan para siempre, con sus mejores galas, en el epicentro de nuestro palpitar.

Es alucinante imaginar lo que podríamos lograr si conquistáramos permanentemente este estado exultante, intenso y purificador que, como un relámpago, nos sorprendió, iluminando por unos días la oscura noche que nos cubría, desatando el espíritu hacia un proceso creador.

Me hago estas consideraciones mientras muevo otra sopa, otro día. Decidimos quedarnos todos juntos por si hay réplicas. Bueno, fuertes réplicas, porque siguen las de baja intensidad mermando las construcciones que quedaron dañadas.

Yo nada más le creo al sismológico nacional, ya que las alimañas comienzan a reaparecer. Videntes del terror que se cuelan por los resquicios con profecías de catástrofes aún mayores; fanáticos de la desinformación o simples payasos que se burlan del aturdimiento de los más ingenuos.

—Ojalá que el Popo no haga erupción, ya ves que el epicentro estuvo en sus faldas... —comento durante la comida.

—Nomás eso nos falta —responde Nona.

Tenemos miedo; estamos rebasados y en ocasiones como esta, mejor es replegarnos y estar juntos. Tranquiliza.

Vamos juntando cosas básicas para las mochilas de emergencia. Es un buen ejercicio, aunque tuvimos que comprar dos veces chocolates, porque la primera tanda nos la comimos entre Manuel y yo.

Hace treinta y dos años —¡cómo pasa el tiempo!—, viajé casi por dos años con el papá de Aurelia por México y con solo una mochila mediana. Llevaba materiales para hacer aretes, bordados

y dibujos, el *I Ching* y un poco de ropa. Si me gustaba una cosa, tenía que deshacerme de otra. No estaba dispuesta a cargar de más. Aparte, en una canasta con tapa iba mi gatita *Lilith*.

Dormíamos en *sleeping*, en hamacas, y una vez nos hicimos un delicioso y aromático colchón con costales rellenos de paja y lavanda, porque nuestro amable anfitrión en San Cristóbal nos invitó a quedarnos indefinidamente en el ático de su residencia, que era un molino antiguo con poquísimos muebles. Le tomamos la palabra y, por dos meses, ese verano disfrutamos de nuestro colchón, al que renovábamos la paja y la lavanda cada quince días más o menos. Pero pasó el verano y el frío del lugar nos invitó a irnos a bañar al mar.

Ahí, en el calorcito de la playa, acampábamos frente a las cabañas de los “tíos y tías”. Así llamábamos entonces los jóvenes pata de perro a los pescadores y sus esposas, quienes por poco dinero nos cobijaban en su pedazo de playa, alimentándonos con sencilla y deliciosa comida. Gana, gana.

Jugábamos con sus hijos, ayudábamos en algo, pero sobre todo nos tomábamos muy en serio la actividad del gozo y la contemplación. Justo lo que me hace falta ahorita.

Mientras hacíamos aretes y pulseritas de hilo que vendíamos a los turistas, también hilábamos sueños, ¡muchos sueños! En una palabra, éramos jóvenes. Ahí, en la playa, elaboramos cuidadosamente a mi Aurelia. Entrañable hija mía.

Una mañana, a todo volumen escuchamos en la tele de los “tíos” una voz angustiada: “El multifamiliar Juárez, nos comunican que también el hotel Regis y...” ¿Qué pasa? Era el 19 de septiembre de 1985. Escuchamos hasta que se perdió la transmisión. No podíamos creerlo.

Buscamos comunicarnos con la familia. Nada, estábamos aislados del mundo, ni teléfono, ni telégrafo; vaya, ni autobús conseguimos. Regresamos a Puebla en la cabina trasera de la camioneta de unos parranderos que, para nuestra fortuna, hacía dos

noches en Cuernavaca, para continuar la fiesta, tuvieron la feliz idea de “seguirla”, lo que hoy los chavos llaman el *after*, en Puerto Escondido, que por entonces sí estaba escondido. Y allá fueron a dar, felices de romper sus correas y correr en libertad un rato.

En la cabina, con *Lilith* y las mochilas atravesamos la serpenteante Sierra Madre Occidental. Una pesadilla, por las curvas y por la preocupación, ya que en cada parada que hicimos las noticias eran más y más espeluznantes. Los juerguistas nos dejaron en el entonces Distrito Federal. Seguimos directo a Puebla. El único recuerdo que me quedó de ese D.F. es que tenía un penetrante olor a miedo.

Era bonito viajar por ahí despreocupados. Yo tenía una sensación de cobijo seguro, estaba en mi país ¿no?, mi casa. ¿Será que era joven? Éramos cautelosos, evidentemente. Viajábamos de día, nos instalábamos con luz y no éramos tontos. Nos separamos unos años después, en paz.

Hoy día las noticias, de tan impactantes, me asustan mermando mi fuerza. Me hace temblar el registro cotidiano de incidentes violentos con que bombardean los medios; las noticias que difunden parecen salidas del ¡Alarma!, aquel pasquín amarillista, ¿te acuerdas?, ¿todavía existe?, el de “matolo porque engañola”. ¿Será a propósito, como “el coco” para asustar a los niños y que obedezcan y se estén quietos?

Y la movilización continúa. Miles se abocan a la tarea, transportando en sus autos alimentos; en sus bicicletas, mensajes; reciben en sus casas a extraños apabullados que perdieron la suya. Algunos prestan su maquinaria.

Sin renunciar al reto ante la urgencia, los internautas espontáneos, profesionales y aficionados, manejaron sus máquinas en oficinas improvisadas; o desde casa, derrochando talento para mapear, informar, enlazar, armar prácticos planes, reportar dónde y qué se necesita y avisar de nuevas rutas a los particulares, para que nadie les quite las despensas que, armadas entre vecinos, en

las escuelas y universidades, se entregan en espontáneos centros civiles de acopio.

O personalmente las reparten, asegurándose de no convertirlas en botín político, para enseguida ser etiquetadas con insignias partidistas y embodegadas a la espera de ser usadas oportunamente durante las campañas venideras. ¡Hay que ver! Reverencia con sombrero ajeno y enseguida pasar la urna, ya se sabe.

Vehículos particulares van a las comunidades afectadas más alejadas usando sus propios recursos. Recorren esos cerros que se ven casi siempre nada más de lejos y llegan a los caseríos olvidados que se niegan a desaparecer. Siguiendo diversos itinerarios acceden, satisfechos de ayudar con algo, repartiendo sin medida ni asomo de mezquindad, víveres, ropa, enseres, cobijas, medicamentos, a los invisibles, a los de siempre.

Y los vimos, en las pantallas o en vivo, en su paisaje real, que no es el de la memoria maquillada, la del calendario nostálgico de la cocina que nos muestra el pintoresco “pueblito” idílico, donde viven los “inditos” con sus “animalitos” yendo vestidos de blanco rumbo al tianguis de puestos bien provistos y toldos translúcidos de colores alegremente vivos.

No, ahí están, una miserable multitud nada romántica. De aquí provienen muchos de los famélicos limosneros de las esquinas, los limpiaparabrisas; las sirvientas vienen aquí cuando van a su pueblo, y el siguiente pueblo es igual, o peor.

Y, aun así, nos reciben desde su dolor y aturdimiento con alegría de carnaval. Víctimas de un tradicional saqueo, peor que todos los temblores juntos, los hemos tratado, como país, sin ningún respeto. Viven en una desigualdad que no es casual. Una realidad compleja que no se ve en la tele.

¿Qué edad tiene nuestro país? Edad mental y emocional, más que histórica. Este mural que es México, pleno de texturas, ante el retemblar en su centro la tierra, se puso en marcha creativa y armónicamente, con la imaginación exaltada y capaz, dándome

la impresión de madurez. Nuestras múltiples diferencias diluidas para un bien común. Por un instante transitamos por la utopía.

Ha pasado el tiempo suficiente para digerir la confusión de la poda y el injerto. Sobrevivimos al proceso de conquista, independencia, revolución, intentos todos de lograr la plenitud con algunos éxitos; otros ya se fueron a la basura. Hoy por hoy transitamos por el estado de corrupción. ¿Estamos maduros ya para marcar un nuevo rumbo?, ¿para un viaje a la salud?, ¿para sacudirnos de plagas y fructificar?

Se celebró una movilización de proporciones magníficas, entre el pasmo y la pasión convocada por la tierra, que propició sorpresa inicial y acción inmediata, de la que salimos enriquecidos ante nuestro propio asombro.

Aquí era donde, aunque tardesito para reaccionar, el gobierno podía haber hecho algo bello. Su trabajo. Para lo que en justicia se supone que están ahí. ¡Qué desperdicio, caramba! Con la oportunidad de oro de ser líderes inspirados, ejemplos de guía, orgullo y clímax de un pueblo. Podrían ser respetados, recordados con afecto, escrita su historia con agradecido reconocimiento. No dudo que ha de ser tremendamente complicado gobernar, pero no es una monarquía, pueden echar mano de gente muy capaz para su labor; del capital humano que tenemos para conseguir que esta nación nuestra sea la que merecemos. ¡Híjole! ¿No les da pena?

Mientras pienso en esto, voy metiendo una muda de ropa de cada uno, algo que no usemos mucho, en cada mochila. La de Nona es más pequeña porque no puede cargar. Ochenta y dos años y uno cincuenta de estatura; pero, como ella dice: “La altura se mide de la cabeza al cielo”. Y, aunque sea la más alta de todos, nos repartimos lo que le corresponde en las otras. Lámparas de mano, identificaciones, sacos de dormir, casa de campaña para cada uno. Sí, tengo un equipo muy completo.

Habrá que hacer algunas reparaciones, pero alcanza para que cada uno lleve un pequeño y completo refugio para unos días,

en lo que son peras o son manzanas, por si acaso. Ojalá que no. Botiquines individuales, chocolates ahora sí, bien escondidos porque, ya ves, esos siempre salen antes de tiempo. Atún, leche en polvo, café, lonas.

¡Ay, Henner!, ya son cinco años. Mira que teniendo todo esto y hasta repetido, ite fuiste a morir haciendo cumbre en el Pico de Orizaba y dejaste el teléfono con GPS en la camioneta! Por no cargar. No más ibas y venías, dijiste. Lo habías hecho tantas veces, eras guía certificado, te confiaste y, ya ves, al mejor cazador se le va la liebre.

Como siempre, te gustaba celebrar tu cumpleaños en la montaña, Popo, Izta o Pico. Era tu ritual, así te festejabas: 28 de octubre, día de los accidentados, ¡qué tino!, ¡qué tenebrosa coincidencia! A los 57 en punto te caíste en la grieta y te encontramos hasta tres días después.

Cuánto hubiera querido abrazarte, que no tuvieras frío, regresarte vivo. Llegó la hora acordada y no volviste. Tú, puntual y estricto, si decías a las cuatro a esa hora sonaba el timbre. Pues no sonó. Preocupada, busqué en la computadora si había habido accidentes en la carretera, y nada. No contestabas el teléfono. Nunca me imaginé que no habías bajado.

Me dormí esa noche queriendo convencerme de que estabas en Ciudad Serdán, pasando la noche porque estarías cansado para manejar de vuelta. Y soñé que subías una escalera hacia un ático. Quise ir contigo y no me dejaste, debía quedarme con Manuel, nuestro hijo.

Al día siguiente dejé a Manuel encargado con Aurelia y Nona, con la consigna de que no le dijeran nada hasta tener noticias veraces. Con amigos salí desde temprano a buscarte. Dimos muchas vueltas, nos mandaban de un lado a otro alrededor del Pico. Por la noche, en un pueblo de las faldas, fuimos a la comisaría, frente al parque, por alguna información de la búsqueda.

—No, seño, de noche se suspende todo porque no suben los alpinistas, la nieve se hace hielo y es muy peligroso. Hasta que

salga el sol pueden volver a subir –nos explicaron en un cuartucho verde, apretado y mugriento, los policías.

¡Faltaba tanto para que el sol saliera! Me salí desesperada en un intento de respirar a solas; ellos se quedaron hablando. Caminaba lento, lidiando con mi desconsuelo y con un frío horroroso, cuando apareció de no sé dónde una niña, con un vestidito y un suéter como para ir de día de campo una soleada mañana. “Está acostumbrada al frío”, pensé. Emparejó su paso al mío y me preguntó que a quién buscaba. Le dije. “Mmm... ya se murió”, exclamó como si nada.

Me detuve en seco, perpleja. No sé en qué momento desapareció, así nomás. Ya no estaba. Me puse a rezar frenéticamente para tratar de disolver el impacto que me produjo la certeza de su comentario. Al salir de la comisaría, los amigos que me acompañaban me dijeron:

–Vamos a una casa aquí cerca donde están los rescatistas de la localidad para saber a qué hora reanudan la búsqueda.

Yo asentía automáticamente.

Fuimos. Para colmo era un funeral donde, reunidos los deudos alrededor de una fogata grande que ardía en plena calle, bebían café. Nos convidaron. Me acerqué al fuego buscando calor, pero maliciosos comentarios y miradas torvas llenas de rencor me ahuyentaron.

–Por culpa de los fuereños nosotros arriesgamos la vida.

–Si no conocen la montaña, ¿para qué suben?

–Se creen que es juego, ni saben.

Sus palabras estaban impregnadas de amenaza, de rencor. ¡Qué desolación tenía!

Más tarde, en un hotel de Ciudad Serdán, agotada, soñé que te sentabas en la cama, me tomabas la mano y te despedías. Me levanté furiosa contigo, más aferrada que antes a encontrarte. Con toda la voluntad de que hice acopio reprimía ferozmente cualquier titubeo que me acercara a rendirme. Suplicaba y prometía a todas

las deidades que me quisieran prestar atención. Pasaba del ruego a la exigencia, y al ruego otra vez.

Doce grupos de alpinistas rescatistas ya te buscaban. Muchos, conocidos tuyos. Llegaban a mi teléfono llamadas y mensajes de aliento.

Esos días, para donde mirara, me sonreían calaveritas, fantasmas, brujas y calabazas. Olía a cempasúchil y a copal. Aún tiemblo cuando lo recuerdo.

Te quedaste en la cumbre. Hubo una tormenta y bajó la niebla antes de lo previsto, te desviaste unos grados, que se fueron ampliando durante el avance hasta llevarte a tu muerte. Amabas la montaña y finalmente te correspondió.

Con la frente en el suelo, frente a ella le prometí, a cambio de ti, plantarle con mis propias manos diez mil árboles si te dejaba regresar. “Devuélvemelo, por piedad, devuélvemelo”, pero prefirió conservarte. Yo hubiera hecho lo mismo. Te retiraste desde un grandioso paisaje.

Cuando por fin encontraron tu cuerpo y lo bajaron, nos citaron en un cruce de caminos. Mientras descendía del auto, vi cómo, a la una, a las dos y a las tres te mecían, completamente envuelto en una tela, y lanzaban tu amado cuerpo a la batea de una camioneta de policía. El sonido del golpe azotó mi corazón.

De ahí a dar parte y levantar el acta en la delegación, donde con toda frialdad me interrogaban, como si hubiera cometido un delito.

—¿Es usted la esposa?, ¿estaban casados?

—No.

—La concubina declara que el hoy occiso, de nombre...

“Concubina”, pensé, y me vi envuelta en velos bordados de cascabeles, con una piedra preciosa colgando en medio de la frente, guapísima. Pedí una silla, me estaba cayendo. Tuve que ir por ella. Al salir del interrogatorio tomé un café que me produjo taquicardia. Recordé que no había comido más que un tamal y

un atole en tres días. Dejé el café a la mitad, y en eso apareció un saltarín personaje.

–Señora, ¿es usted la viuda?

–Sí –dije. ¿Las concubinas se quedan viudas?, ¿qué soy?, pensé.

–Quiero darle mi más sentido pésame y el de mi compañía –dijo entregándome una tarjeta–. Vengo a ofrecerle nuestros servicios funerarios, nos ajustamos a cualquier presupuesto.

Me pareció un buitre joven. Lo eludí. “Gracias.” Más tarde reapareció en la morgue, cuando yo ya no sabía qué seguía. Conocía bien su trabajo.

–Si quiere incineración, puede ser aquí, de inmediato. O se lo preparamos para llevar para uno, dos o tres días.

¿Que qué?

–Si lo quiere para llevar, ¿cómo quiere que se lo preparemos?

“Solo le faltó ofrecer: ¿en pipián o en escabeche?”, pensé. Fue para dos días, sin condimentos.

Quise que Manuel lo viera si quería. Que tuviera elección, que su papá no solo desapareciera de escena así. No quiso, tenía seis añitos y el golpe fue brutal. Aún hoy lidiamos con restos de aquel otro terremoto.

Quedé abierta en canal, la muerte es helada. No sé si la propia, pero la de un ser amado, sí. Lo sé. Así fue para mí. Dejó una cauda gélida que tardó mucho en pasar. Y algo se cauterizó dentro de mí.

Hoy puedo hablarlo, pero pasé más de un año afligida. Sin idea de cómo ni por dónde continuar la vida. No quería que nadie saliera de casa, quería tenerlos a todos cerca, no perderlos de vista. No confiaba en la vida, no confiaba en la muerte.

Tuve ataques de pánico al manejar, al alejarme de casa, al ir por Manuel a la escuela. Curiosamente, de regreso con mi niño en el auto, nunca me dieron.

Una sola certeza se apoderó de mí, aunque a veces me esquivo, o yo la esquivo a veces cuando me enojo. Solo el amor importa.

Y sigo con las mochilas de emergencia, ¡porque el Popo y las réplicas nomás no se están! Pinzas para las cejas, porque desde que pasó la menopausia me salen unas cuantas barbas gruesas que me chocan. Si por lo menos fuera barba cerrada, digo... Pasta de dientes, cepillo. Hacen falta cinco estacas más para las casitas. Por eso no me gusta prestar las cosas, ¡ahora faltan! Pero siempre cedo cuando alguien me pide algo. ¡Me choco!, pero ya no más.

—¿Llamaste otra vez a Protección Civil, m'ija?, ya es una semana desde que tembló y no aparecen.

—Están atareadísimos con los casos graves, ma. Le mandé las fotos de las grietas a Jimena, al arquitecto Casas y al maestro Andrés. Dicen que no son de cuidado, que no hay de qué preocuparse.

Mientras tanto, nos informamos de qué tipo de fracturas son peligrosas. Hay una que es la más feíta, justo en el paso hacia el baño. Es muy engorroso, pasamos por ahí con zozobra, mirándola por si se rompe justo en ese momento; sería muy mala suerte. Así que mejor el pipí en la composta, son fosfatos. Ya lo demás, pues ni modo, damos toda la vuelta y entramos por el otro lado.

Esta casa es como “seguidita”, es de las de antes. Un chorizo de recámaras y cuartos hasta llegar a la cocina. Todas las piezas dan al patio, ¡menos el baño! Ese fue anexado después, en un cuartito que era costurero, o algo así. Quedó ahí como una caja grandota de la mitad de altura que la casa, con puerta y ventana, arrimada en un rincón. Nada estética. ¡Pero el resto vale oro! Las espaciosas habitaciones son deliciosas, la cocina enorme. Es preciosa, con sus tres balcones de herrería a la calle. Hasta tiene un escondite de tiempos de la Revolución en la sala, bajo el piso. Nunca he querido bajar, caben varias personas. Podría ser una cava, bien visto. Pero no me gusta su “vibra”. Ahí que esté.

Y la vida continúa con sus muchos detalles domésticos. No hay clases todavía por la revisión de las escuelas. Por mí, mejor. Me gusta estar con Manuel, además de ahorrarme la manejada con frío en la mañana y calor en la tarde. Para mí son vacaciones.

Su hermana le pone tareas; y aunque refunfuña, va haciendo oficio en aprender por sí mismo. La vida, he notado, es una larga investigación personal. En saber buscar y saber qué buscamos está la clave. Aunque en ocasiones uno encuentra aquello que amplía las dudas, cambia la ruta y va a dar a otro lado. Y así vamos, eligiendo.

A ratos, no lo niego, Manuel me vuelve loca. Cuando se aburre empieza a ponerse espeso. Quiere lo que no tiene y no ve lo que tiene. A mí también me pasa. El milagro sucede en cuanto encuentra un hilo que seguir y encuentra una idea que le interesa, él solo. La desea, la corteja, se apasiona y se lanza a realizarla sin importar el resultado, por el gusto. Sin interrupciones, genera en el proceso algo que lo construye. Se construye.

—A comer, ¡ya vengan!, ¡ya está lista la comida!

Sentados a la mesa, comentamos los relatos de lo que va de nuestro día. Ya detuvieron la búsqueda de víctimas, eso es muy triste; que sigan otros días.

—¡Si yo fuera ellos, seguiría buscando, puede haber más gente, no se vale! —dice Manuel desconsolado.

No sé cómo confortarlo, ni a mí. Se hizo todo lo posible, dicen. Ahora viene la reconstrucción, hay que seguir. Ni hablar.

Numerosas propuestas interesantes de viviendas temporales para los damnificados son ofrecidas. Yurtas mongolas con PVC,* casetas mínimas y completísimas. Diseños tan sencillos que me hacen pensar: ¿cómo no se me ocurrió antes? Reutilizan el adobe, construyen con botellas de PET. En fin, que hay muchísimo ingenio ante tanto quehacer. En Juchitán, donde pegó tan fuerte el primer temblor el 7 de septiembre, todavía no pueden acabar. Esto va a tomar mucho tiempo, parece.

Pues resulta que las palas viejas que reposan el sueño de los justos desde hace años, y los botes con hoyitos que una vez fueron

* Vivienda utilizada por los nómadas en las estepas de Asia Central, protegida por una gruesa cubierta, fácil de transportar y óptima para soportar los intensos cambios climáticos.

macetas, les sirven para mover piedras a falta de carretillas, ¡ivan! Y los cascos de motocicleta, de escalada y de parapente de Henner, también, ¡ivan! Manuel se queda con sus favoritos, ¡iva! Guantes de electricidad que no usamos, ¡ivan! De jardinería, ¿tú crees? Pues mira, algo les ayudarán.

Estos objetos se añaden a muchas otras cosas que han reunido María y su novio junto con otros chicos y chicas, quienes, además de disfrutar explorando la belleza que la naturaleza brinda en cualquier punto, ayudan.

Entusiasmo es una preciosa palabra; significa: “con inspiración divina”. Así están, por eso les encanta lo que sienten. Inundados, son ellos, a su vez, divinos. En esas estamos, cuando el león triste de la aldaba del zaguán retumba anunciando, ¡por fin!, ¿A quién crees? A Protección Civil. ¡Tarán!

–Buenas tardes –portan distintivos, muestran credenciales, nos hacemos la venia, nos damos la mano. Muy bien presentados con chalecos y cascos oficiales. Son tres arquitectas y un técnico especialista, ni idea en qué. Pero “pase usted”.

–Bienvenidos, ¡qué bueno que ya llegaron!

–¿Están comiendo?, ¿los interrumpimos?

–No, ¡qué va!, ¡no importa!, pasen por aquí, por favor.

Capaz que les decimos que sí, que justo al mediodía normalmente la gente come. ¡Se vayan a ofender y regresen en seis meses!

Mostramos todas las grietas que con los días hemos descubierto. Preguntamos, nos explican.

–No hay problema, no son de cuidado los daños.

–Ay, ¡menos mal! Bueno, ya podemos estar tranquilos.

Cruzamos miradas de alivio. ¡Fiu!

–¡Que vean la azotea, Aurelia! –dice Manuel, a quien le encanta subir cada vez que puede.

–Hace un mes la impermeabilizaron –dice Aurelia, ¿la quieren ver?

—Sí, cómo no, ya que estamos aquí, de una vez. Vamos.

Los veo subir por la escalera marinera que resalta de la pared y mejor los espero. Me encanta la tierra firme, aunque con tanta réplica real o imaginaria, eso parece chiste.

Mientras espero su regreso, miro este segundo patio, el de los tiliches. Tanto espacio desperdiciado; si lo arreglamos podemos poner un gallinerito y una hortaliza, hago planes entretenida. Ya ves, Venezuela, tan rica y pasando hambres, sin abasto, y lo que hay, carísimo, dicen.

¡Indignante en un país petrolero!, ¡qué perversos manejos del gobierno y sus secuaces! Trampeando de continuo, para, a como dé lugar, mantener siempre el marcador a su favor. ¿Qué ganan, a ver? Afuera de su exclusivo club nadie los quiere, y creo que ni adentro. ¡Raza de víboras!, dijera Jesucristo refiriéndose a los méndigos de aquel tiempo. ¿Pues qué no ven que se van a morir?, ¿que no se van a llevar nada, aunque acumulen todo?

Ay, pero no tienen la culpa ellos; bueno sí, también. Pero los que los dejan hacer y deshacer sin pedir cuentas, ¡ándele por mal ciudadano!, ¡ándele por distraído!, ¡ándele por agachado! ¡Qué barbaridad! ¡Este tema siempre me irrita! En cambio, Arabia Saudita parece que la está armando, organizados ellos... ¿Cómo le harán?

Mejor voy limpiando esto, y unos jitomates sí se dan. Si salen solitos en la composta, ¡cuantimás aquí! Y estando en ese mitote, van bajando de la azotea, Aurelia lívida y Manuel callado. ¿Y ora? Una arquitecta, la mayor, me dice:

—Se tienen que salir ya. No pueden dormir aquí, es muy peligroso.

—A ver, a ver, más despacito —pido. Aunque escuché perfectamente desde la primera vez, lo que quiero que me digan es a qué están jugando. ¡Ah, qué bromistas! Pero en sus caras veo que no, no es broma.

—Otra vez, por favor. ¿Cómo?, ¿por qué?, ¿qué pasa?

–La losa tiene a todo lo largo una grieta de por lo menos un centímetro, mejor sálganse. ¿Es suya la casa?

–No, es rentada –contesto con un hilo de voz.

–Pues hablen con los propietarios, porque incluso amenaza a la escuela de junto, da al patio.

¡No, ni pensarlo!, ¡hora del recreo, una réplica, no, no, no!, ¡los niños!, ya ves la terrible historia de la escuela en el D.F.; perdón, “Ciudad de México”. ¿Se ganó algo rebautizando al D.F.?, no creo. ¡Como si no hubiera quehacer!

“¡Sopas!”, pienso. ¡La sopa la dejé en la lumbre! Corro y apago la hornilla. Ahora tenemos media sopa concentrada y salada. ¡Pfff! Suspiro y salgo para enterarme de más. Ya están marcando con pintura fosforescente en *spray* la pared en la calle y la entrada con número de folio. Le entregan unos papeles a Aurelia, que los firma y le dejan una copia.

–Hasta luego.

–Muchas gracias.

–Nada que agradecer, es nuestro trabajo. Con permiso.

¡En la torre!, ¿y ahora? Para colmo, ese día llovió. Cayó el último aguacero de la temporada, confirmándonos el diagnóstico de los especialistas. Una bonita cortina de agua, como la de algunos hoteles elegantes, cayó por la mentada grieta a todo lo largo de la casa; desde de la cocina, pasando por las recámaras y hasta llegar a la pared del balcón que da a la calle.

Mientras corríamos arrimando muebles y amontonando objetos varios, los perros se fueron a echar en sus tapetes, a salvo; y los gatos se subieron a las montañas espontáneas de cosas que íbamos acumulando, y relamiéndose despreocupados, miraban nuestra agitación.

Las siguientes noches dormimos en el departamento de Nona. Los animalitos se quedaron en la casa, ¡ya qué! Yo estaba deprimida y azorada, quería dormir hasta que todo estuviera resuelto. Imposible. Me pasaba los días entre lavar ropa, hacer compras y comida, limitar los gastos al mínimo.

Estaba agotada de idear soluciones. Rascaba en mis circunvoluciones a ver si me encontraba una idea. Y no, todas las ideas se habían ido a pasear. Ahora éramos damnificados del temblor, sin derecho de ninguna ayuda porque la casa no era nuestra. Se desarmó todo, ¿cómo armarlo de nuevo? Por fortuna, las desgracias no duran para siempre, ¿quién aguantaría? Así que, mal que bien, hay que superarlo.

Bebí té de tila por galones. ¡Qué bueno que no había mezcal, porque quién quita y me tiro al vicio! Irme de mi palacio, ¿disparada hacia dónde? Ni modo, a buscar casa. ¡Qué caro está todo! Desde que Cholula se volvió “Pueblo Mágico” se encareció. Vimos unas insignificancias de casitas, no cabemos en ninguna.

¡Acumulé una de cosas que para qué te cuento!, sin restricción. Imagínate, diecisiete años viviendo aquí, con habitaciones de cuatro por nueve, patio central con árboles que yo planté y que hoy son más altos que la misma casa.

Y además, aunque parezca increíble, jamás me subieron la renta. Bueno, yo la pintaba cada dos, tres años, por dentro una vez, por fuera la otra; equivalía esto a pintar dos casas. La enchulé, puse duela en el tapanco, todo de mi bolsillo; si algo se descomponía, lo arreglaba. Vaya, que nunca di lata. Ni el dueño a mí; era perfecto.

Él tiene como veinte casas y ésta es la más chica; juega Monopoly en serio. Tuvo siete hermanos y se fueron muriendo de viejitos. Solo él se casó, fue heredando lo que los demás dejaban y tiene solo una hija, que se va a quedar con todo. Suertuda.

Al cabo de unos días, encontramos un departamento que nuestro presupuesto cubría. En total, un poco más grande que mi recámara antigua, era como estar en toda la casa al mismo tiempo. No entraba al departamento, ¡digamos que me lo ponía! Si lo aguantara, y con dos hoyos para las piernas, podría andar con él encima, como caracol.

¡Se me cayó el alma al suelo! ¿Dónde voy a acomodar mis cosas?, ¿cómo le hacen los japoneses? ¡Ni idea! Un refugio temporal

de esos que proponen, estaría bien. Sí, cómo no, y que me lo pongan en el parque, si no ¿dónde?

A vender lo que se pueda, a regalar... no sé. Recordé a mi bisabuela, que tenía su “sillita de lloro” en un rincón, y cuando así lo requería, iba ahí, se sentaba, imagino que vestida de encaje y perfumada con agua de rosas con benjuí, y lloraba entre profundos suspiros. Yo quería llorar en cualquier lado, ¡con sillita o sin ella!

Ajá, mensa, ¿y los que perdieron todo en el terremoto? ¡No seas payasa! Sí, está difícil, duele, pero todos estamos bien, ¡no inventes!, ¡quítele drama a tu vida! Ya antes viví con solo una mochila, esto no me va a espantar. ¡Ánimo, a darle!

Y a darle fuimos. Aurelia, mi nena adorada, se iba a su escuela, mi'jo a la suya, y Nona y yo a cubrir el trajín del día a día, a conseguir cajas y a empacar. Nona, como siempre, dispuesta para ayudar hasta en lo que no puede. Debo vigilarla, porque se trepa, como equilibrista china, en tres sillas para quitar un foco que no vale ni quince pesos, ¡arriesgando todo! Es increíble.

Nona nació en México, D.F. Mi abuelo estudiaba abogacía y, por ello, se ganó el apodo, repetido algún domingo en las comidas familiares en la casa de Puebla, de “el Comunista”. Encontró mucho gusto en empinar el codo con los compañeros de la facultad. Y a mi abuelita no le quedó más que tomar la batuta, creyendo que era algo así como una inversión: “Hoy por ti, mañana por mí; cuando termine la carrera, tomará su lugar. Esto es pasajero”. ¡Ajá, sí! Eso nunca pasó; él no cambió, pero ella creció muchísimo. Acabaron divorciándose después de tres hijos; Nona la mayor.

—Trabajé como secretaria —me contó mi abuelita una noche en su cocina, merendando—. Por aquellos tiempos no había derechos laborales para las madres, ni guarderías, como ahora. Dejaba bien comida a tu mamá, cambiadita, envuelta como taquito y le echaba la bendición para que no vomitara y se ahogara. No tenía opción. Cuando regresaba del trabajo, ocho horas después, con los senos

duros y rebosantes de leche –ieso debió doler!, pienso–, y desentolvía a tu mamá, “echaba vapor, como tamal”.

“Más grandecita, como de un año, eso ya no era posible, así que la dejaba encargada con la portera.”

Los abuelos paternos fueron desde Puebla a visitar a su hijo, nuera y nieta al D.F., en 1936 o por ahí, y encontraron a mi mamá amarrada de la cintura a un tubo de la fuente central, porque gateaba tan rápido que podía correr peligro y la portera tenía mucho qué lavar, no la iba a estar cargando.

Se la trajeron a Puebla, tenían una maderería y vivían desahogadamente. Asistió al Colegio Americano hasta que, una tarde, en un rato de aburrimiento, descubrió una duela de la sala que sobresalía de entre las otras. Con su dedito la levantó y, ¡oh, maravilla!, ¡encontró un tesoro! Aquello estaba tapizado de costalitos de lona que el bisabuelo guardaba bien rellenos de pesos de plata 0.720.

–Llenaba mi estuche de lápices, que era así, larguito, con muchos pesos. A mí se me hacía fácil, ¿por qué demonios no? –nos cuenta.

Por unas semanas fue la sensación del colegio, disparaba golosinas a sus amigos diariamente, hasta que en la Dirección se dieron cuenta de que había mucha plata, la detectaron y dieron parte a mis bisabuelos, quienes pusieron el grito en el cielo y la cambiaron de escuela como castigo para corregirla, al internado El Progreso, de monjas, paradójico nombre.

–Sor Elodia era alta, abundante en carnes, con chongo y completamente vestida de negro. Entraba a las cinco en punto al galerón que contenía las camas en dos hileras, como cuartel, y aplaudiendo gritaba: “Ave María purísima, ¡a levantarse!”, caminando a lo largo, de ida y de regreso, sin ninguna misericordia. ¡Éramos niñitas! Y de ahí como corderitos a los baños. Tenía que bañarme con el camisón puesto, para no verme el cuerpo.

–¡Niña, ponte el camisón!

–¡Pero me voy a bañar!

–¡Ponte el camisón!

–¿Y cómo me baño?

–Pues así. ¡Por debajo del camisón!

Luego a vestirse a escondidas casi, y de ahí a misa y luego a desayunar. Todavía recita el padrenuestro en latín.

Solo salía los fines de semana. Esto no le gustó ni tantito.

“Yo no me quedo aquí –pensó, así que ideaba planes para su fuga–. Echarme a correr, ¿pero a dónde?, ¿y luego, quién me protege? ¡No, mi seguridad!”. Imagínate a esa edad, es como para tomarse en cuenta. Si alguien con cacumen me hubiera conducido, hubieran logrado mucho. Porque maquiné, hice castillos en el aire, reconstruí conversaciones de la familia y me acordé de “el Comunista”. Por aquel entonces había en postes y comercios cartelitos que decían: “Comunismo no, catolicismo sí”. Ahí estaba el plan maestro para mi liberación.

–Fingí estar muy afligida cerca de la más chismosa del salón. Se llamaba Victoria. Era una señal, todavía me acuerdo. Yo lloraba por los rincones, ¡puro cuento! Esta niña, ni tarda ni perezosa, ardiendo en curiosidad, me insistía en que su amistad era verdadera y que por nada me traicionaría, que me sincerara con ella para desahogarme –nos cuenta.

Y era justo lo que mi mamá, precoz con sus ocho años, estaba esperando.

–Tengo una pena muy grande –dijo entrecortadamente–. No, no te la puedo contar.

–Por favor Rosa María, ten confianza, no se lo voy a decir a nadie. Te lo juro.

Y así por un rato fue cocinándola a fuego lento. Hasta que soltó su pesar:

–Es que, es que, no, no puedo.

–Dime, no te lo guardes.

–Es que... mi papá es comunista.

En la tarde, los abuelitos dieron mil explicaciones a la madre superiora.

—Es que mi marido le hace la chanza a mi hijo porque estudia leyes, pero de ninguna manera, madre superiora. Mire, es una broma, una tontería. También le dice “tinterillo”. Somos una familia católica, los padres de La Concordia nos visitan.

—Sí, señora Rosita, pero en este colegio no puede quedarse más tiempo. Lo siento mucho.

No hubo manera, expulsada. Esa misma noche merendó en su casa, feliz de la vida. Una joya, mi mamá.

Pues a buscar escuela. A ver, vamos con don Gumersindo Vargas.

—Que era un hombre honorable, chapado a la antigua, ¡pero muy a la antigua! Rígido, un estereotipo de ese tiempo: chaleco, leontina, bigote entrecano recortado, robusto, vestido de gris, sentado atrás de un escritorio gris en una oficina oscura.

“¡Qué horror! —pensó Nona—. ¡Salir de Guatemala para entrar a Guatepeor!, ¡aquí no me quedo, aquí no me quedo!”.

—Sí, doña Rosita, sí la podemos recibir. Hay que hacerle un examen para ver a qué grado corresponde. A ver niña, ¿cuánto es ocho por cuatro?

—Veintisiete —respondió orgullosa.

—No, bueno, ¿seis por seis?

—Doce —con cara de satisfacción.

—Piénsalo, la del cuatro puede ser más fácil. ¿Cuatro por siete?

—¿Cuarenta?

—Ahí estaba la doble vida ejercida desde ese tiempo para mi salvación —dice Nona.

Porque es maestra en manipulación. “¡Díganmelo a mí que la conozco de siempre!”, pienso.

—¡Pero si te lo sabes, Rosa María!, ¡contesta bien! —decía su abuela.

No hubo manera, no atinó ni una; la podían poner en primero de primaria.

—¡No!, isi va a entrar a quinto!

Como siguiente opción, el Colegio Alemán.

—Ahí se me abrió el cielo —cuenta Nona—. Era iluminado, amplio y estaba ese hombre hermoso, Herr Theiss, el director. Otra vez la examinaron.

—¡Salí rebién, tú!, porque todo lo contesté. Fui libre. Estudié, poco, ipero cómo jugué, hice amigos! Fui feliz.

Se destacó en deportes, con el mejor tiempo en carreras de 100 metros del país, y la invitaron a los primeros Juegos Panamericanos y del Caribe. Pero mi bisabuela dijo contundente:

—En la familia nunca ha habido saltimbanquis —y hasta ahí llegó en las carreras.

Con sus ochenta y dos años, aquí estábamos ahora, eligiendo dizque muy selectivamente cada objeto para ajustarnos a las dimensiones de la nueva vivienda a la que nos obligó el terremoto. Salieron muebles que ni de visita cabían en el depa. Tirábamos bolsas de basura repletas cada día; de las grandotas, negras.

—¿Dónde estaba todo esto si aseábamos la casa continuamente?

Separamos madera, plástico, ¡qué plaga! Metal, papel, se venden, háblale a don Moi para que se lo lleve y lo que nos dé es bueno. ¿Quién necesita cinco jueguitos de té? ¡Si ni los usamos! Al bazar de antiguo. Juguetes: los que sí, los que no. Ropa: la que sí, la que no.

—Esto está bueno, se lo damos a Maggie, que ya ves que el marido se desentendió y la pobre anda en garras, con tanto hijo que tuvo. Los juguetitos también.

—¡Pero ni te ha pagado los doce mil pesos que le prestaste hace casi tres años!

—¡Pues ya que me lo tome el universo a cuenta del karma que deba, ya qué! ¡Cada vez que le llamo hasta se ofende, ya mejor ahí muere! Pero aprendí. ¡Ya no me vuelve a pasar! ¡También pobre!, o comen sus hijos o me paga. Pues que coman los niños.

Sentía no que me estaba cambiando de casa, sino que me estaba desincrustando de la casa anterior. Empieza el *round*, suena la campana. ¡En esta esquina, con apegos y desde otra época: la Nona!, iy en esta otra, con apegos, pero decidida a tirar, Aurora! Allá vamos. En el centro del cuadrilátero se jalonean un suéter que desde hace años no se usa, pero que “puede servir”, dice la Nona. Con argumentos, Aurora pretende arrebatárselo, pero la Nona se defiende y jura que ahora sí lo va a usar.

El pan de cada día y un *round* para todo: trastes, enseres, adornos. Etiquetar cajas, amarrarlas, hacer presupuestos con mudanzas, para ver cuál convenía.

Por la noche regresábamos al departamento de Nona a acurrucarnos, estrechos, pero cómodos, y a descansar.

Pensar, pensar, en un imparable tren de ideas —que ya habían regresado de su paseo, pero no las buenas—, despertaba inquieta, continuamente. Los ahorros se desvanecían, y otro y otro día se iba en solventar la mudanza no programada, el mes de depósito del departamento, el que corre, iy mira que corre rápido!, los gastos fijos...

—¡Es que no deja de temblar desde que tembló! —digo quejándome de la situación con esta metáfora frente a Aurelia, quien con su contundente lógica me responde:

—Así es, siempre está temblando. La tierra está viva, como tú. “¡Ni quejarme a gusto puedo!”, pienso. Pero se lo agradezco, me regresa al camino con su claridad. A veces me cimbra y muchas más me enseña, la escucho con atención. Es brillante y sensible.

Cuando me reprocho no haber tenido logros que me dieran fama y fortuna o conseguido títulos y reconocimientos, veo a mis hijos tan hermosos, inteligentes, irreductibles, llenos de virtudes. Ahí veo que emprendí la empresa más grande y he dedicado mi vida con provecho. Realmente le dejaré al mundo un par de valiosos seres que, sin duda, lo hacen mejor.

Me volví como “el tlacuache” de la canción de Cri-Cri: “cambio, vendo y compro por igual”, quitando lo de “compro”. Vendí

maquinaria de Henner que, me rendí, yo jamás iba a usar. Paga un mes de escuela. Punto.

Pudo ser una mudanza lenta, porque estaba cubierto el depósito y el mes que corría de la casa; si no, no lo quiero ni pensar. Y aun así fue pesadísima. Pasando cosas en el coche y con ayuda de amigos con camionetas, un día unos, otro día otros y así, logramos por fin el cambio. A continuación, a desempacar y otra vez, a sacar más cosas, porque seguíamos sin caber.

Aurelia me compartió una idea de enorme utilidad, buenísima. Justo lo que me faltaba.

—Si no te hace feliz, dale las gracias y déjalo ir. No lo vas a extrañar, ma, créeme. Hay una mujer japonesa que escribe libros sobre esto, me dijo.

Un tesoro de sabiduría que se puede aplicar a todas las áreas de la vida, en todos los niveles. Mis dolores de crecimiento van disminuyendo, el peso que cargo ahora es menor gracias a su consejo.

De refilón había visto el estilo minimalista, en alguna revista. Nada que ver conmigo, pensaba. Todas esas líneas rectas, los muebles, la ropa, las paredes grises, beige, negras; tan frías y poco acogedor, no es lo mío, pensé siempre.

Lo que no había notado, fuera de que no me gustara la decoración, era el trasfondo que lo sustenta. Sí, es decir, si tengo solo lo que me gusta puedo verlo todo, eso me da la oportunidad de utilizarlo y desarrollarlo. ¿Para qué tener lo que no me gusta? Me quita tiempo para lo que sí me importa.

Es simple: me puedo enfocar, y al no dispersarme consigo resultados. Creo que acumulé tantas cosas por miedo a acometer de lleno los mitos de mi imagen idealizada. Por temor a no ser la perfecta pintora o escultora que me conté que era, y mejor lo cubrí con cosas que me mantuvieran atareada y quejándome, en lugar de resolver si servía para lo que me había imaginado o no, y a otra cosa. Por miedo al fracaso o al éxito, pero eso es otro tema.

En todo caso, el terremoto decidió que ya es hora al orillarme a esto. La frugalidad en el vivir no es un castigo, es más una bendición, ahora lo veo. No tiene que ser gris o beige, puede ser de los colores y materiales que yo quiera; el chiste es la ligereza y el enfoque. ¡Hasta que lo entendí! “Como es adentro es afuera”, dicen. Ha de ser, parece cierto.

Toda suerte de tiliches pasó por el filtro. Y como por arte de magia las piezas fueron cayendo en su lugar. Manuel aprendió gustoso y fuimos adelgazando de cachivaches y objetos buenos y funcionales, pero que ya habían cumplido su función con nosotros y que, espero, sean hoy útiles para alguien más. Más ligero, el departamento se va percibiendo espacioso, agradable. Menos es más, en este caso.

Me empezó a gustar comer en la vajilla “buena” que solo salía en Navidad para montar un simulacro de efímera elegancia que se esfumaba el resto del año, en el que comíamos en platos varios remanentes huérfanos de lozas idas, armando un *collage* en la mesa de cada día que, no era feo, pero no era precioso, no me hacía feliz. Ahí guardada, la vajilla buena, en su vitrina parecía decirme: “No me mereces”. Qué ridículo, cualquier día tiembla otra vez y adiós vajilla sin usar, vida sin vivir.

Y hubo tiempo y espacio para sacar del fondo del fondo del baúl proyectos postergados por años, están tibiecitos todavía, me siguen haciendo feliz, se mantuvieron firmes esperando a ver a qué hora temblaba para que, por fin, fuera yo quitando los obstáculos, de grandes a pequeños, hasta escuchar su leve gemido que denotaba que ahí había algo vivo aún, mis sueños.

Los desempolvé y miré sus ojos sabiendo que los iba a amar para siempre. Son yo. Este terremoto tuvo su epicentro en mi pecho, tiró los muros de mi renuncia. Redimensionó la queja, la inútil, nacida del dolor de negarme, la frustración de esconder mis talentos para otro tiempo. Si tiempo es lo único que no tenemos, vivimos de momentos. El terremoto me impulsó a renacer.

De qué otro modo puedo enseñarle a mi hijo a seguir su pasión si no con el ejemplo. A conservar su originalidad ejerciéndola.

Pasa el tiempo y volvemos a lo cotidiano. Fue hermoso estar conectados en la misma frecuencia, vibrando. Se resquebrajó algo más que el suelo y las construcciones. Se agrietó sin remedio la certeza de que esto no puede cambiar. Han quedado encendidas muchas lucecitas iluminando la esperanza hasta que amanezca. Nuestros hijos y nosotros lo merecemos.

Sí, es más la esperanza.